



LOS AMORES DE ALARCON.

Estaba predispuesto á la benevolencia. Había comido con mi *gentleman* amigo el señor magistrado Moisés Rojas, y las ostras de Ostende rociadas con vino del Rhin, disponían mi ánimo á la fácil admiración y al entusiasmo. El anfitrión se puso en pie, me ofreció un asiento en su carruaje de mullidos almohadones, y juntos nos dirigimos al teatro.

Representábase en aquella noche el drama «Los amores de Alarcón,» original de mi discreto amigo Alfredo Chavero. Ya lo había leído, y por lo tanto, en todo aquello que dice relación á la obra escénica, no apelaré á la benevolencia que las ostras y el Rhin me aconsejaban: Seré justo, ya que he sido sierra con otros autores, sin que jamás haya logrado por desdicha el ser á un tiempo mismo las dos cosas: Justo Sierra.

El aspecto de la sala no era de lo más consolador..... para el Sr. Delgado. Se veían esas caras que vánse confundiendo ya con las cariátides del teatro, y esos chalecos blancos que nunca han aligerado sus bolsillos pagando entrada en la contaduría.

Los actores retirados y las familias de los actores retirados ocupaban algunos de los palcos. Yo, abstraído en mis devotas consideraciones, me puse á compadecer al Sr. Delgado. ¡Malos vientos han soplado para él en México! Yo mismo que soy ardiente defensor de todos los caídos, no le he ayudado más que con dos duros en dos noches lluviosas y adrede hechas para pasar la velada en el teatro. Mas aún; me reconozco culpable de algunas cuchufletas y epigramas dirigidos á él. Hoy reconozco que el Sr. Delgado es un buen

actor que conoce á maravilla el arte escénico, y que á no ser por lo vetusto de su repertorio y lo arqueológico de su Compañía, habría logrado un éxito muy bueno. ¡Pobre Sr. Delgado! Como un esparto va á quedar si permanece quince días en México! La fortuna le vuelve la espalda, y va á tomar un vaso de cerveza con Moreno. El público se aleja del teatro, y el amarillo jaramago crece ya en los cojines empolvados de las butacas. ¡Pobre señor Delgado!

\* \* \*

La obra del señor Chavero ha sido, como dice cierto inteligente amigo mío, un fiasco laborioso. Estoy seguro de que ningún drama, ninguna comedia y ningún libro han costado al Sr. Chavero tantos afanes, tantas vigiliás, tanto estudio, como estos infelices «Amores de Alarcón,» que habían de ser eternamente desgraciados. Yo diría que esta obra es un precioso *echantillon* de arqueología literaria; pero no es un drama. Por una extraña idea que no me explico, el Sr. Chavero, haciendo tan galanos versos como son los suyos, empleó la prosa para los «Amores de Alarcón.» Verdad es que esa prosa, canta, brilla y coquetea como los versos, pero fáltale siempre el ala de la rima, y no cautiva tan poderosamente los oídos. Esta es la obra en que el Sr. Chavero debía haber desparramado los topacios y rubíes de las bellezas poéticas. Los personajes se prestaban admirablemente á ello, siendo todos poetas ó farsantes; y la corte caballeresca de Felipe IV, en la que, comenzando por el mismo rey, todos ó casi todos, presumían de poetas, es una tela rica y á propósito para bordar en ella madrigales y sonetos. ¿Por qué el Sr. Chavero, que ocurrió á las galas poéticas para escribir alguno de sus dramas sociales; no quiso, esquivo, aprovecharlas en los románticos «Amores de Alarcón»?

La traza y disposición de las escenas tiene algún parecido con la que artificialmente emplea Tamayo en su «Drama Nuevo.» La providencia, que en el drama español se llama Shakespeare, toma aquí el nombre de Villamediana. No se crea que hago cargos por esto al Sr. Chavero, la imitación está lejos de ser baja y servil; el modelo es muy bello, y hay grande originalidad en el desenvolvimiento de la acción. Tamayo mismo, para escribir su «Drama Nuevo,» debió inspirarse, y se inspiró probablemente en la escena de los farsantes en el «Hamlet».

Lo verdaderamente digno de alto encomio en el poema dramático del Sr. Chavero, es la acertada reconstrucción del medio social y de los personajes. Así, así, eran los corrales en que lucía Josefa Vaca su hermosura, y el Sr. Lope de Vega su ingenio peregrino; así eran los poetas cortesanos de aquel siglo; así era el autor de la compañía, y eran así los alguaciles y corchetes. Todo está dibujado con absoluta verdad y exquisito arte. Para escribir esos preciosos diálogos, en que la frase culta muestra su corpiño de seda y su chapín bordado; para hacer que estos personajes se movieran y hablaran, como debieron hablar y moverse; para presentar redivivos á esos grandes poetas, el señor Chavero necesitó sin duda alguna de grande estudio; fué preciso que, revolviendo códices, gacetas y librajos, adivinase el carácter real y positivo de cada uno de esos personajes que intervienen, por más ó por menos, en la fábula dramática; y fué preciso que reconstruyese con el pensamiento ese mundo de poetas y farsantes que conocen tan poco, y tan mal los graves historiadores españoles. Pero este largo estudio y esta prolija tarea, ¡oh discreto amigo! no la comprende el amodorrado espectador que va al Teatro á hacer digestión. Reuna Ud. á D. Rafael Angel de la Peña y á Don Alejandro Arango y Escandón, á Pimentel y Altamirano, á Riva Palacio y al obispo Montes de Oca; lea Ud. su poema ante un concurso de eruditos y poetas, consulte luego su opinión, y estoy seguro de que celebrarán á una las crujientes galas del lenguaje, lo oportuno y feliz de las ideas, la sencillez amable de la fábula y sobre todo, la poderosa reconstrucción de aquella sociedad que hablaba en verso y se batía á la luz de los retablos.

Pero ese grueso comerciante que bosteza en su platea, ese hortera ventruado que apenas cabe en la butaca, ese joven prendido como dama, no conocen el mundo que Ud. evoca ni han vivido en comercio intelectual con los ingenios de esa corte estrepitosa. Ud. les habla en griego ó en hebreo: no le comprenden. Para ellos no hay más Alarcón, que cierto escribiente de Oficina; ni más Villamediana que cierto boleterero de tranvías. La prosa culta que emplea Ud. en los diálogos y escenas, les parece el recitado de alguna ópera italiana. Dígalos Ud. que así discurrían y tan enfáticamente hablaban los cortesanos de Felipe IV; pues no lo entenderán incuestionablemente. Quieren que el autor crisper sus nervios con una causa célebre, ó aguardar con titilaciones sádicas el momento en

que Giroflé muerde borracha los azahares de su corona y las hebillas de sus ligas. Déles Ud. enredos complicados, que recuerden las angustias que padecen al desatar, ántes de acostarse, la cinta de sus zapatos bajos; que la Srita. Rusquella se case en el último acto con Amato; que Delgado trepe por un estrecho caracol de palo para ir al tapanco de la cocinera; que Pedrito Servín desempeñe el papel de onistití y haga paseo de argollas en las bambalinas; pero que no diserte D. Juan Ruiz, que no satirice D. Francisco Quevedo, que no maldiga deslenguado el pobre conde de Villamediana, ni se sigan los aplausos que tributa el auditorio al preclaro autor de la «Verdad Sospechosa.»

Alguno me decía al oír los «Amores de Alarcón,» que esos poetas atrevidos y mordaces que insultan á la Jerónima y que solo para eso sirven en la fábula, son personajes absolutamente inútiles, figuras decorativas y no más. Yo no juzgo así. Lo que el Sr. Chavero se propuso diseñar, no fueron precisamente los amoríos de nuestro Don Juan y la Jerónima. Este era nada más el elemento de pasión indispensable al drama; pero lo esencial era poner saliente y de relieve esa figura noble del poeta, desconocido, menospreciado de sus contemporáneos, hecho objeto de mofas y de befas; y para ello, son absolutamente indispensables esos personajes que completan el cuadro, explican los sufrimientos de Alarcón, y personifican admirablemente la envidia, la mordacidad y la maledicencia.

¡Que hermosa figura la de ese pobre D. Juan Ruiz, corcovado y contrahecho, pero hermoso de corazón y perfecto de entendimiento. Esta bondad en cuerpo tan ruin y desgraciado, me interesa y maravilla. El ser deforme es comunmente malo. Las burlas que provoca con su aspecto cacoquímio, las sátiras punzantes que van á encajarse en su cuerpo como agudos alfileres, el desprecio con que le miran los demás, y hasta la misma compasión que inspira á ánimas buenas, van despertando en él todo linaje de pasiones malas. Aborrece á la rosa porque tiene colores y frescura; aborrece á la estrella porque despide luz, y al cuerpo de Antinoris porque no tiene giba. Odia todas las formas bellas de la naturaleza y desahoga su rabia concentrada, en epigramas, esto es, en deseos impotentes de hacer mal. Cuando un hombre así dispone del poder, se llama el Príncipe D. Carlos, y hace comer al zapatero las suelas de unos zapatos mal cosidos, y acuchilla á las viejas y conspira contra su propio padre y soberano. Cuando es plebeyo, pobre y desgraciado

da salida á las malas pasiones por medio de invectivas y calumnias. Casi todos los bufones han sido jorobados ó deformes. El cuerpo contrahecho, es un barro en que arraiga bien toda mala semilla. Si Byron no hubiera sido cojo, no habría escrito su «D. Juan». Byron se indigna y enfurece porque no es un Dios, y abofetea á los hombres. Y eso que Byron poseía la belleza y el ingenio: esas dos armas! Pues pensad lo que será esa rabia de los seres contrahechos contra todo lo hermoso y bien formado. El ser deforme, siendo perro, mordería.

Pero Alarcón está muy por encima de esas cóleras ruines y esas cobardes venganzas. Es feo; su fealdad es la comidilla de corrales y sajones; le mofan, le apodan, le dan á beber hiel y vinagre: no se agota por ello su bondad, devuelve en caricias y en halagos lo que le dan en latigazos, no es el erizo que punza con sus púas á quien lo toca, ni el gato que se acerca zalamero para rasgar el cutis con las uñas, es el cóndor que va derecho al sol sin cuidarse de las culebras venenosas. No hay ponzoña en su crítica, ni amargo dejo en su leal sátira. Su comedia corrige, enseña, da fuerte y duro contra el vicio; pero no culebrea en ella la alusión vergonzante ni el epigrama envenenado. Es la garra tremenda del león, no la picadura del alacrán, que aprovechando el sueño de su víctima, trepa al lecho, se desliza embozadamente por debajo de las colchas y asesina. Todo es noble en el insigne autor de las *Paredes oyen*. «En esta obra vapulea y fustiga cabalmente al que denigra é infama con su lengua viperina; en el *Examen de maridos*, loa y ensalza la amistad; su *Ganar amigos*, pone en relieve el deber de cumplir la palabra empeñada, y en la *Prueba de las promesas*, demuestra lo sagrado que son éstas. Pero no hay en ninguna de estas obras, ira, ni encono, ni ponzoña. El pobre jorobado se sometía con humildad á la injusticia de su madrastra la naturaleza. ¡Bien hizo la fama en recompensarle con holgura! Ese humilde giboso es el padre de la comedia moderna.

\* \* \*

No era así Villamediana, y esto va á darme pie para hacer al Sr. Chavero un cargo serio. La figura del poeta satírico y punzante aparece más bella acaso que la del mismo D. Juan Ruiz en el desarrollo de la acción: casi podría decir que es el verdadero

protagonista del drama. Él ata y desata el nudo; él castiga la impudencia del bachiller D. Cristóbal Suárez de Figueroa, contribuye á la gloria de Alarcón y le salva la vida. Cuando la maledicencia desgarró la honra de Jerónima, y el autor la arroja ignominiosamente del corral, los deslenguados la insultan desafiando á que alguno le dé el brazo; y mientras Alarcón vuelve la espalda á la mujer que tanto le había amado, sin atreverse á defenderla, quien sale con ella del corral, noble y altivo, es Villamediana.

En esta escena, como en muchas otras, la figura simpática y activa es la del Conde. ¿Era así el correo mayor de Enrique II? Bien sabe que nó, el Sr. Chavero. Maldiciente, procaz y hasta bellaco, no dejó buena memoria de sí, y hasta les pareció muy merecido á los contemporáneos su fin trágico. La leyenda pudo después hermosearle, dándole la apostura de un amante desgraciado. La historia que no presta yida fácil á romanticismos y novelorías, le pinta tal como era, hurraño, agrio y envidioso. Ya otra vez, en artículo especial, podré ocuparme de ese personaje singularísimo á quien el bachiller Suárez de Figueroa pudo bien dirigir las mismas frases que el Sr. Chavero pone en boca de Villamediana. Con verdad sea dicho, el maldiciente conde no merecía desempeñar papel tan generoso.

\* \*\*

¿Quiere Ud. ahora, lector amigo, que le dé un consejo? Si tiene Ud. amor al arte y á las letras; si quiere conocer el poema dramático del Sr. Chavero, no vaya, por Dios, al teatro Principal. Compre un ejemplar, abríguese en su alcoba, mientras la lluvia azota los balcones, y léalo allí con atención y detenimiento. No mire Ud. por Dios, esa pobreza de escenario; esos trajes contemporáneos de D. Fernando Batres; no mire Ud. á Don Francisco de Quevedo representado por Pedrito Servín y hablando con las manos y los pies, como el orangután de la «Venus Negra.» No mire Ud. á esos poetas del siglo de oro, que más bien parecen poetas de la Sociedad Netzahualcoyotl. No vea Ud. á Alarcón representado por Amato. ¡Pobre D. Juan! Esta era la calamidad que le faltaba.



UN CRITICO INCIPIENTE.

Cuando el Sr. Echegaray tiene menos genio y más talento, lo aplaudo con mayor gusto, sin que me quede remordimiento y sin atisbos de haber sido influenciado por prejuicios literarios. A él sí le viene de perlas el apodo que dan á Cánovas sus enemigos: *el mónstruo*. De una ventregada engendra tragedias, dramas, poemas escénicos simbólicos, á manera de los que escribió Lord Byron; y casi todas las criaturas de Echegaray son hermosas; pero cabezonas, ó cojas, ó de ojos saltones. De fijo que los dramas del poeta noruego Ibsen han de cautivar al dramaturgo español, porque también salen de profundas criptas, recorren catacumbas cuyas paredes chorrean lágrimas, despiden luz siniestra y rojiza como de hacha resinosa, hablan solos y tienen mucho de dementes. Tolstói, Ibsen, Mæterlinck, Echegaray son espíritus afines. El más grande es Tolstói, pero Echegaray es de la familia, con la diferencia de que él ha leído mucho á Calderón, y su pesimismo es un pesimismo místico español, una noche rasgada á trechos por relámpagos de Siná; pesimismo en verso, ó sea romanticismo puro. En *Un Crítico Incipiente* la tristeza de Echegaray está de buen humor; llega á una resignación afable, jovial casi. Pero no cabe duda de que en el fondo de esa obra hay una gran tristeza, una tristeza que sólo pueden comprender los autores, los que han padecido las miserias de la vida literaria, los que ya sintieron piquetes, araños y puñaladas de la envidia ó la ignorancia. Primero se subleva el espíri-

tu recto contra la palmaria é insultante injusticia; pero luego los años nos van haciendo más dura la corteza, y ya se ven con ojos indiferentes y hasta con la sonrisa en los labios, esas intrigas, esas cábalas de pandilla, esos parrafejos biliosos que significan el odio de la impotencia al ingenio creador.

Ese estado de alma es el que expresa *Un Crítico Incipiente*. Su autor le llamó *Capricho dramático*, porque probablemente para el Sr. Echegaray, para que haya drama, se necesita un homicidio ó cuando menos algún ligero adulterio. Pero créame el insigne dramaturgo: es drama el *Crítico Incipiente*, y más drama todavía que *O Locura ó Santidad* y *Lo que no puede decirse*, porque estas obras son pesadillas, y aquella es realidad. ¿No es dramático el suplicio de una reputación? ¿No es dramático el espectáculo de la belleza violada por la injusticia? ¿No es dramático que un hijo asesine en el periódico la obra de su padre? Hasta parricidio con algo de fratricidio es, señor Echegaray.

Por la traza, *Un Crítico Incipiente* es comedia aristofanesca y de excelente cepa. De acción dramática externa carece por completo ó punto menos; pero la interior ¡qué intensa! Los caracteres no son tales caracteres, sino entidades ó cifras, que trazadas en el pizarrón, representan sumas de la crítica pedante, de la crítica envidiosa y de la crítica majadera. Hay caricatura en esta comedia, pero de la buena, de la que descubre la línea ridícula en una fisonomía, y caracteriza ésta con una sola línea, por manera inequívoca. Caricatura que no tiende nada más á hacer reír sino á fustigar un vicio. Caricatura trascendente diremos, ya que está en moda hoy ser ampuloso. ¡Qué vivida, qué intencionada es la obra!

Don Antonio (es decir, hablemos claro, Echegaray, Don José), autor dramático célebre, quiere observar cómo le juzgan sin que su personalidad influya en el dictamen público, y da á la escena, con supuesto nombre, «El Conde Ulrico». . . . ¿No ven ustedes cómo se trata de Don José y no de Don Antonio? Sólo Echegaray puede escribir un drama que se titule *El Conde Ulrico*. El Don Antonio es un tipo real, completo de la neurosis literaria que Echegaray ha de conocer perfectamente, de esa que lleva á no vivir sino para el papel, para la tinta de imprenta, para el cómico, para el gacetillero, para la vanidad de vanidades. La hija tiene un novio; pero apenas si se preocupa de ello Don Antonio. La hija verdadera, es la obra que se está representando aquella noche. ¿Y es dra-

mático ver á un padre á la cabecera de su hija enferma? Sí, ¿verdad? Pues es dramático Don Antonio. Los médicos que la declaran incurable, los doctores remisos que no acuden al apremiante llamamiento, los importunos que en instantes tan angustiosos llegan con impertinencias y hasta con gracejadas, son los personajes del *Capricho dramático*, son el crítico doctrinario y petulante, el censor moral, el dómine literario, el pilluelo periodista, el aprendiz de escritor. Y el personaje simpático es el que sincera ó no sinceramente le dice al padre: —Esa niña es muy hermosa, sanará, vivirá, será muy rica.

Ya he dicho que estos personajes no son de carne y hueso; no, son antes de razón caricaturados; pero ¡qué bien! En la obra hay lunares; pero á mí me gustan mucho los lunares. La parte mecánica del *Crítico Incipiente* es defectuosa: no se explica á satisfacción del público por qué Don Antonio se está en casa mientras su hija, digo, su obra, está luchando en el teatro con la muerte, ni por qué esos críticos se pasan la velada diciendo muy donosas tonterías en el salón de su amigo, cuando debían de estar en sus respectivas lunetas, aunque para ello hubiera sido necesario que éste les hubiera obsequiado antes los boletos, como lo hace á la postre; no se explican muchas cosas; pero ya he dicho cómo ha de entenderse la comedia, y si lo juzgara con criterio formalista, me parecería á uno de esos pedantes tan bien satirizados por Echegaray. Consideradas así también—seamos francos,—resultan disparates las comedias de Aristófanes.

Lo notable es la gracia de la caricatura, y ahí está la comedia: lo estrictamente real y conmovedor es el amor paterno de Don Antonio á su obra, y ahí está el drama. Esa nerviosidad con que registra al día siguiente los diarios de la mañana para leer lo que dicen del *Conde Ulrico*; la candidez bellísima y naturalísima con que pregunta á su criada Záfia lo que opina del drama; las transiciones porque va pasando al oír la lectura de la crítica hecha por el novio de la hija, de la hija de carne, y que es un chico á quien él despidió de la casa por tenerle en concepto de frívolo, atarantado é ignorante; pero que se rehabilita ante sus ojos y recibe de él patente de sabiduría, por el sólo hecho de haber puesto en las nubes el drama; todo ese conjunto de incidentes cómico-dramáticos, constituye la belleza artística del *Crítico Incipiente*.

De repente mueve la obra una más violenta ráfaga dramática.

El hijo de Don Antonio también ha echado su cuarto á espadas en el periodismo, ingresando á la numerosa familia de los críticos sietemesinos. Y para abrir boca ha empezado por *reventar*, como él dice, al *Conde Ulrico*. Ese artículo es el que más ira ha causado á Don Antonio; quiere éste saber el nombre del autor, y el hijo, satisfecho de su obra, con la petulancia propia de los pocos años, dice:—Pues soy yo!

El dolor de Don Antonio en ese momento es realmente humano, de lejos parecido, dado el temperamento literario del protagonista, al de Adán ante Caín. Todos los ya golpeados duramente en la vida artística, conocen más ó menos esa amargura. La crítica que duele es la del ser querido, la del hijo adoptivo de nuestra inteligencia, la del que se ve crecer con orgullo, y cuando empieza á hombrar, clava al que se creía algo así como su padre, el dardo más ponzoñoso, se burla de sus lacerias, y se agavilla con los mercenarios de la envidia. Y casi todos los hijos literarios son como el de Don Antonio.

Rasgo bellissimo en la escena de que hablo: el muchacho se avergüenza, se indigna contra sí mismo, porque es hijo de la carne y no hijo del entendimiento; llora por la herida que ha abierto y dice en su defensa:

—Padre: si yo quería aplastar á ese Don Pablo, porque han dicho que tiene más talento que tú; si me gusta mucho el *Conde Ulrico*, pero como no sabía que era tuyo, quise que no les gustara á los demás!

El literato desaparece; el hombre habla, abraza al hijo, y recordando el artículo que le había ofendido tanto, exclama:

—¡La verdad es que el chico tiene mucho talento!—Ahí está el padre.

Después, y ya tranquilo con la resignación de que hablé al principio y que les viene á todos los grandes autores criticados, á vuelta de los años, va á almorzar con sus censores. . . . Ah! y le da á su hija por esposa al critiquillo zas. . . el padre candil que alabó el drama. También ahí está el padre del *Conde Ulrico*!

Por supuesto que esta paternidad le fué disputada. Los hijos de nuestra inteligencia siempre tienen muchos padres. En el *Critico Incipiente* aparece un tipo eterno y exactamente reproducido: el plagiado. Este es el que tiene siempre en cartera una obra que nadie ha leído y que es igual á la obra que acaban de aplaudir. A

ese le roban los gitanos, los saltimbancos, todas las hijas bonitas que engendra; y digo que todas las hijas bonitas, porque las que saca á luz, las que le quedan, son muy feas.

Ese sempiterno reclamante tiene mucho talento cuando no habla ó se guarda todo lo bueno que hace, y tal vez en cumplimiento de algún voto, sólo enseña sus miserias. Su vida es la de San Alejo. Posee, además, el secreto de descubrir semejanzas paradójicas. Para él un narigón y un chato son iguales. Y es de sentirse que teniendo tanto ingenio en las obras que otros firman, sea tan majadero en las propias. Sus hijos legítimos, muy feos; los adulterinos, muy bonitos. ¡Qué rareza!

Resumiendo, el *Capricho Dramático* es una comedia de buena raza y escrita con muchísimo donaire. Otros dramas de Echegaray sí que son caprichos, y de muchacho caprichudo mimado por la gloria.

¡Ay, Sr. Echegaray, qué gusto me da alabarle y reconocer su genio. . . porque me pega usted á veces unos sustos. . . .

